

## EL NACIMIENTO DE LOS GRANDES SISTEMAS HISTORIOGRAFICOS

Más o menos, todos los pueblos de los que tenemos una información mínimamente suficiente —sean ellos, por su parte, pueblos sin escritura o con escritura—, tienen o han tenido alguna especie de memoria colectiva. Queremos decir: alguna manera de conservar o transmitir los recuerdos del pasado. Y hasta creemos que es lícito suponer que algunos pueblos hoy extinguidos y que no nos dejaron documento escrito alguno pudieron tener quizá tales sistemas de recordar. Las sepulturas y trofeos del Musteriense, quizá, antes, la piadosa conservación de cráneos del Sinántropo, una gran parte del arte auríño - solutro - magdalenense, y de un modo más verosímil (casi nos atreveríamos a decir «cierto») muchas de las pinturas mesolíticas y neolíticas españolas o africanas, tienen o tuvieron inicialmente este sentido. Ahora bien: si queremos hablar de Historiografía con un mínimo de rigor, esto es, si nos referimos a relatos del pasado, mínimamente *objetivos* (perdón por la palabra), *racionales* (ídem íd.), *ordenados*, *distintos de la magnificación mítica* o poética, y por otra parte, *más llenos y vivos que la simple registración* en «actas» (listas dinásticas, calendarios, etc.), es evidente —aun reservando el tema «escritura» como técnica de registro y transmisión— que no todos los pueblos la tienen. Es más: ni siquiera todas las altas culturas. Patente es que ni egipcios ni mesopotamios antiguos, ni apenas persas o indios (éstos, salvo en la medida en que se han puesto a aprender de griegos, y mucho más tarde de árabes), no han tenido nada que seriamente podamos considerar como Historiografía.

Se nos presentan, pues, estas cuestiones:

¿De dónde —esto es, de qué materia prima, documental o mítica— se parte para construir una Historiografía? ¿Quiénes —se entiende: qué pueblos— han hecho esto? ¿Cómo lo ha hecho cada uno? Y subsidiariamente, y acaso sin respuesta posible, pero hay que dejar abierta la pregunta: ¿Por qué tales pueblos sí y tales otros no?

## I

En otro trabajo nuestro (el apartado «El recuerdo y la huella», de las *Consecuencias de nuestra sociología pre y protohistórica*) hemos tratado de recapitular los diversos sistemas de «recuerdos», y creemos lícito repetir aquí esa enumeración, para, partiendo de ella, seguir la marcha de nuestra indagación.

Decíamos, pues, allí (págs. 448-52):

«Completando una frase de Rhys Carpenter, podemos iniciar el tema con la mención de mito, saga, ficción y folklore, o, recordando a nuestro Menéndez y Pelayo, invocar las fórmulas y símbolos jurídicos. Pero aquí hay que distinguir no ya por los temas, sino por las vías de transmisión y por lo que podríamos llamar la intención de ésta, varias realidades muy distintas, aunque a menudo nos encontramos aquí con «formas mixtas» y «zonas de contacto». Hay que distinguir, además, los recuerdos que se presentan como testimonio y los que se presentan como interpretación. Queremos decir que se presentan como tales a los sujetos de la cultura en cuestión, cualquiera que sea la realidad subyacente. En muchos casos, así en los llamados «mitos etiológicos», una narración tradicional, por ejemplo, una saga, se nos presenta al tiempo como testimonio (se nos dice: «Ocurrió tal cosa») y como interpretación (se nos explica: «Por eso hoy tal pueblo hace tal o cual cosa»). Los ejemplos son innumerables; baste pensar en muchos relatos etiológicos del Antiguo Testamento. Dentro de esta orientación podemos distinguir, como primera aproximación, lo siguiente:

a) Monumentos y su interpretación. Por ejemplo, la tumba de tal fundador, la espada de tal héroe (independientemente de su autenticidad).

b) Relatos vividos como historia sacra (digamos mitos) o como historia profana (digamos sagas) y sus interpretaciones.

c) Relatos vividos como no históricos o como indiferentes a la historicidad —digamos ficción y folklore—, pero en los que se piensa, más o menos, que hay un núcleo histórico o una posible explicación «racional» de hechos o un reflejo de condiciones del pasado.

Naturalmente, junto a los relatos o interpretaciones como «texto» (oral o escrito), habría que considerar las representaciones de los mismos en el arte o su escenificación (reiteración litúrgica del mito, por ejemplo).

d) La cronología o historiografía oficial, y donde la hubiere —por ejemplo, en Grecia y China— científica, en sus diversas formas y funciones...

e) La aplicación, cuando existe como en Tucídides, del conocimiento

etnográfico como término comparativo para reconstruir o entender el más antiguo pasado.

No en todas las altas culturas se dan todas las formas indicadas. En líneas generales podemos indicar esto:

En las altas culturas del Oriente Próximo antiguo se dan las tres primeras y la mitad de la cuarta, y parece faltar del todo la última... Hebreos e hititas parecen tener un inicio de historiografía científica. En la alta cultura india propia («aria» o «dravídica»; de lo anterior no sabemos nada) predominan la saga y el mito; sólo muy tarde —y como reflejo griego, islámico o incluso occidental— aparece la historiografía oficial, y realmente nunca alcanza por sí misma el nivel científico.

En China existen plenamente todas las categorías; se señala cierta debilidad del mito, y en cambio, gran intensidad de la historiografía oficial (e incluso «científica»), y sobre todo, de la interpretación. No está bastante analizada a este respecto la tradición de las altas culturas amerindias. Acaso Mesoamérica fuese más rica en mito y ficción, y Tahuantinsuyu, en saga.

En nuestra propia tradición —desde Grecia en adelante, ya que de cretomicénicos y etruscos no sabemos nada— hay de todo, al menos, a partir de Hecateo, Herodoto y Tucídides (en cierto sentido, el Islam puede incluirse en nuestra propia tradición).

Sería muy interesante saber qué hay de todo esto en «primitivos actuales». En general, podemos decir que existe más o menos en todos «mito, saga, ficción y folklore». Hay en algunos monumentos, pero entran más bien en la esfera de lo propiamente religioso. En las sociedades de tipo señorial (sudanes o polinesio) existen cronografías, genealogías oficiales. Instituciones como las sagas genealógicas africanas o polinesias (si bien éstas muy mezcladas de saga y mito), la conservación del cordón umbilical de los reyes en ciertas monarquías negroafricanas son, si bien con un estilo muy distinto, homólogas o análogas con las listas dinásticas y relatos de hechos de cada reinado de las antiguas altas culturas del Próximo Oriente. En general, en estos «primitivos», la transmisión es puramente oral. No faltan, sin embargo, obras de arte o reiteraciones rituales y ceremoniales.

¿Nos es posible averiguar si los pueblos paleo-etnográficos o protohistóricos y las antiguas «reservas bárbaras» tenían, a su vez, recuerdos de estas especies? Aun cuando nos es difícil, no nos es, con todo, imposible detectar que los hubo, y a veces los podemos reconstruir con bastante aproximación. Baste recordar el interesante conjunto de relatos etiológicos de los germanos que recogió Tácito, o las antiguas tradiciones prototurcas, húngaras, magiares, que la investigación más reciente, sobre todo, aunque no exclusivamente húngara, ha recogido.

De los pueblos propiamente prehistóricos nos es de momento imposible saber nada. Sin embargo, cuando estén mejor explorados, ciertos testimonios del arte (por ejemplo, nuestro mesolítico «bizantino» de Levante, etc.) y ciertos monumentos —desde, por ejemplo, sepulcros y trofeos del Paleolítico medio hasta megalitos— pueden indicarnos algo. Esta es una puerta que conviene dejar abierta para el porvenir.

Así, más o menos (he abreviado y modificado ligeramente el texto), escribía hace casi cuatro años, y aunque, como se verá, algo he modificado mi pensamiento (gracias a Dios no estoy aún fósil), creo que estas consideraciones pueden ser útiles como punto de partida.

## II

De la masa de «recuerdos» a que hemos aludido en la exposición anterior creemos que se puede claramente hacer una primera clasificación en tres niveles, o mejor, en dos; el primero —el básico, el que es como el subsuelo o la materia prima del otro—, subdividido, a su vez, en dos. Veamos qué niveles son éstos y cómo pueden relacionarse entre sí:

1.º *Semper et ubique*, y no sólo en altas culturas, sino también entre pueblos etno o paleoetnográficos, protohistóricos y (creo honradamente que podemos suponer con cierta verosimilitud) incluso prehistóricos, existe alguna especie de recuerdo, pero sólo en muy pocas y muy altas culturas —de momento, y a reserva de lo que luego se irá viendo, con plenitud en la heleno-romana y sus «filiales» cristiano-medieval e islámica, y partiendo de la cristiano-medieval, en la occidental y —por otra parte— en la China, encontramos verdadera y propia historiografía.

Acaso —ya veremos luego— en hebreos e hititas y puede (esto es aún más problemático) en alguna de la América precolombina. Altas culturas enteras, gloriosísimas y fundamentales en otros aspectos: técnica, religión, arte, ordenaciones sociales, no han tenido casi (Persia, India), o no han tenido en absoluto (Mesopotamia, Egipto) tal cosa.

2.º El conjunto de «recuerdos» que todos los pueblos tienen, y que forzosamente ha de ser el subsuelo o la materia prima para aquellos que primero llegaron a un nivel propiamente «historiográfico», se puede, en líneas muy generales, estructurar entre dos polos, dos grupos extremos —claro que hay formas mixtas e intermedias—, que son:

a) El polo «mítico». Esto es, relatos cargados de emoción, implicados con el ritual, con las pasiones —iras, entusiasmos, devociones— colectivas, movilizadores, expresados sobre todo en forma poética, reiterados en el culto.

representados en el arte. Hacia este polo se orientan —o vienen por «enfriamiento», secularización, hierolisis— de él la saga, la ficción, el folklore.

b) El polo «notificador», «notarial», «actuarial». La simple «constancia», el «acta». La lista genealógica o dinástica, el «Tratado» de paz, la «ley» escrita o recitada que pretende —ultra su valor normativo— dar cuenta de su «estar ahí» y de su «por qué está ahí». Los diversos sistemas de pura «nematécnica» (cordones umbilicales de los reyes negroafricanos, crónicas de los templos mesopotámicos, quipos incaicos).

Naturalmente, hay formas mixtas. El parte de guerra poético o la fórmula etiológico-jurídica en forma poética, por ejemplo. En el Antiguo Testamento tenemos casos muy claros; de lo primero, el cántico de Débora; de lo segundo, la fórmula de pagar el diezmo al templo. «Mi padre fué un arameo errante, etc.»

3.º Aquellos pueblos que han alcanzado claramente a tener una Historiografía digna de este nombre han operado —sobre todo los primeros, pero también los posteriores— por la incitación ejemplar, arquetípica de aquéllos con estas dos masas de maniobra, partiendo de estos dos niveles (o un nivel subdividido) iniciales.

Pero también —y esto complica las cosas y las hace, al tiempo, más interesantes— hay el camino inverso. Datos que han alcanzado un nivel de rigurosa historiografía pueden caer (o, en cierto sentido, «recaer») en la fantasía mítica y sus inmediaciones. Piénsese en la creciente «deshistorización» de los romances referentes al Cid, en comparación con la misma Gesta, por no hablar de las Crónicas; piénsese en la leyenda de Alejandro, etc. O bien esquematizarse en algo así como pura «acta» lo que había sido rica y plena Historia. Todos los Floro, Trogo Pompeyo, los resumidores de Tito Livio, etcétera, en la Baja Antigüedad, o más aún, en la literatura latina medieval o incluso bizantina.

Por lo demás —y esto es evidente—, el modo que las diversas escuelas historiográficas han tenido de elaborar el material previo, sea éste de tipo «mito», sea de tipo «acta», ha variado hasta el infinito, dependiendo, a su vez, esta variedad de tratamiento de muchas causas, fundamentalmente de la finalidad que se perseguía al historiar y del ambiente general (géneros literarios, etc.) de la cultura en cuestión.

Partimos, pues, del hecho básico de que todos los pueblos que nos son accesibles tienen algún género de recuerdo, todos los de altas culturas tienen géneros variados, no faltando del todo en ninguno —en proporciones diversas— el lado «mito, saga, ficción y folklore» ni el lado «acta» (en los etnográficos, al menos en los más «antiguos» en edad etnográfica puede, en cambio, faltar, y a menudo falta de hecho, esta segunda dirección). Y no

todas las altas culturas han alcanzado a tener verdadera y propia historiografía. Y repetimos las preguntas que hacíamos al principio, ya con alguna mayor claridad previa para entendernos, y sabiendo siempre que aquí sólo se trata de una primera aproximación, a lo que acaso podría ser, a su vez, un programa de trabajo para lograr una primera aproximación al tema en sí:

¿De dónde se arranca para construir una historiografía? ¿Quiénes —qué pueblos— han hecho esto? ¿Cómo lo han hecho? ¿Por qué tales pueblos sí y tales otros no?

### III

Tomemos el ejemplo de los propios antepasados de nuestra tradición. Pero primero habrá que determinar, con un mínimo de claridad, a qué llamamos «nuestra tradición» y a quiénes podemos considerar —y en qué forma y medida— antepasados de ésta (se entiende, claro, en cuanto alta cultura portadora y productora de historiografía).

En el mundo actual coexisten, por lo menos, cuatro altas culturas: china, india, islámica y occidental. Es evidente que los chinos (y sus formas laterales: nipones, vietnamitas, coreanos) tienen una muy antigua e importante tradición historiográfica, que arranca, nada menos, de Confucio —sobre la enorme importancia de este hecho volveré luego—, pero que hoy, más que a esta tradición, sus técnicas de investigación —desde la materialidad de, pongamos, la excavación— y sus criterios interpretativos (nacionalismo, progresismo, marxismo, etc.) son de cuño claramente occidental y —en todo caso— que si técnicas y criterios nuestros están entrando ya a formar parte de la tradición historiográfica extremo-oriental, en cambio, prácticamente nada de esa tradición confuciana y «tseuma-tsienana» forma parte —al menos aún— de la nuestra. La India, tan fértil en religión, arte y filosofía, carece propiamente de una tradición historiográfica. Los buenos historiadores indios actuales —pensemos en un Coomaraswamy— son, en su metodología, típicamente «occidentales» (otra cosa es su filosofía). El Islam ha tenido una gloriosa tradición historiográfica e incluso historiológica, y alguno de sus mejores frutos fueron producidos por hombres de esta tierra o de nuestra estirpe; pensemos en un Aben Hazan, en un Aben Jaldún. Pero es evidente que, a reserva del problema general de los posibles componentes «arábigos», en nuestra peculiar «dialectalización» española de la común cultura de Occidente, o bien la tradición historiográfica musulmana, no se ha incorporado (o se ha incorporado en muy escasa medida) a la nuestra, o bien se trata de elemento de ascendencia común —heleno-romana o bíblica—, y por otra parte, es indudable que la técnica, e incluso la ideología de los actuales investigadores islámicos (la téc-

nica del todo, la ideología liberal progresista, marxista, nacionalista, en gran parte) son de origen occidental. Y eso aun prescindiendo de dos hechos nada pequeños: que, en gran parte, el mejor trabajo historiográfico sobre tema islámico lo hacen occidentales (basta ver la lista de colaboradores de la espléndida Enciclopedia del Islam), y que pueblos más o menos nominalmente islámicos —Turquía, ciertas Repúblicas soviéticas de Asia— se hallan en toda clase de trabajos científicos tan incorporadas a lo occidental, sea en versión soviética o en versión euro-americana, que no cuentan como tales islámicos. ¿Dónde está la «islamicidad» de un Senyürek, de un Huzzayyin?

Quedamos, pues, en que «nuestra tradición» es la del mundo occidental, incluyendo la U. R. S. S.— cuyos componentes ideológicos: patriotismo y marxismo—, y cuyas técnicas de trabajo son, ciertamente, occidentales.

Y ¿quiénes son —en este terreno de la Historiografía— nuestros «antepasados»? Habría, a su vez, que distinguir aquí dos cosas: ¿De dónde vienen los materiales y método prehistoriográficos, las actas y los mitos que manejan nuestra historiografía? ¿De dónde viene su propio carácter de tal historiografía, lo que hay en ella, que no es ya, sin más, acta ni mito? Dos preguntas que, a su vez, dependen de esta otra: ¿Desde cuándo podemos hablar propiamente de historiografía de la cultura occidental moderna?

Una parte de estos temas, ciertamente, será tratada aquí por otras personas, y acaso parezca que yo anticipo indebidamente o invado terreno ajeno. Pienso, sin embargo, que un acuerdo mínimo será aceptado sobre estos términos, desde más o menos mediados del xv, coincidiendo aproximadamente con la generalización de eso que para un primer entendimiento podemos, en términos voluntariamente muy vagos y elementales, llamar «Renacimiento». Desde —pongamos— los tiempos de Giovanni dei Busi, o acaso de Maquiavelo. Desde la época que va del Rey español que —dicen— se curaba de una enfermedad leyendo a Titio Livio, hasta los primeros cronistas de Indias. Lo anterior —bien importante por cierto— entra en lo que podemos llamar «Historiografía cristiano-occidental de la Edad Media».

Pues bien; entendidas las cosas así, repetimos: ¿De dónde nos viene la «materia prima», el «subsuelo», el «acta y el mito»? Y ¿de dónde nos viene, propiamente el historiar?

La materia prima nos viene de nuestra propia experiencia, de nuestro propio inmediato pasado, de la Antigüedad y de la Biblia. La técnica, el gusto por «historiar», sobre todo, de la Antigüedad —por algo hemos citado a Tito Livio—, y por otro lado y en otro sentido, de la Biblia.

Ahora bien: la «Antigüedad quiere decir, en este caso, por lo menos dos cosas: Roma y Grecia. La Historiografía romana, en cuanto tal Historiografía, en cuanto es otra cosa que «acta o mito», viene, parece, de Grecia (no

sabemos nada de los etruscos, y es lástima). El problema es, pues: ¿De dónde viene la Historiografía griega, en cuanto tal Historiografía?

Y por otra parte, está la Biblia. No hay que olvidar que en el Antiguo Testamento, si bien no es Historiografía todo lo que a una consideración ingenua y acrítica pudiera parecer (ya el Papa Pío XII puso enérgicamente en guardia contra esto, y ahí está, por ejemplo, el espléndido libro de Renc-kens), hay, sin embargo, trozos de verdadera y propia —y muy buena— historiografía, alguno de los mejores, I Macabeos, es claramente «griego», tan griego como pueda serlo Jenofonte, y en este sentido no interesa, pero en otros —el magnífico final de Samuel y comienzo de Reyes— lo que, en pura hipótesis, ya casi en el campo de la fantasía, se pudo suponer por algunos que serían las Memorias de Abiatar, no puede, cronológicamente, depender de lo griego, es anterior, cuando menos, en cuatrocientos años, acaso quinientos, a las primeras tentativas —Hecateo; no digamos ya Herodoto— de Historiografía griega.

Griegos y hebreos son, para nuestra cultura, los más antiguos puntos de referencia en este sentido. Nosotros —por vías a veces muy indirectas y complicadas— venimos de ellos. Y de ellos, al menos en gran parte y por otras vías, viene también la Historiografía islámica. Sí; pero ellos, a su vez, ¿de dónde vienen? (se entiende en cuanto historiógrafos).

#### IV

Hace años que le oí decir a un hombre docto e ingenioso, el padre Benito Celada, O. P., buen orientalista, una frase, lanzada al paso, en una conversación de tono amistoso y sin pretensiones de profundidad, una frase enigmática, disparada en aquel ambiente, y que acaso él —hombre sobrado de ingenio— haya olvidado. Pero que a mí me produjo una gran impresión. La repetí luego (me temo que hice la pequeña bellaquería, que ahora rectifico, de no indicar la procedencia) en algún artículo, y ahora creo que es la hora de sacarle el mucho jugo que lleva dentro: «De casta le viene a Hecateo el ser ateo.»

¿Qué quiere decir esta enigmática frase? ¿Qué servicio nos puede prestar ahora? El propio padre Celada escribía ya hace muchos años (en su aportación a la *Historia de la literatura universal*, dirigida por Pérez Bustamante, 1946, págs. 32-3):

«La historiografía hitita es la primera del mundo que merece propiamente el nombre de tal. Escribe historia verdadera sin mitos y sin leyendas. Estilo no ampuloso, sino sencillo. El rey no se apropia las hazañas de los



súbditos ni se silencian los fracasos.» Y poco más tarde: «Homero y Hesiodo procedían de Asia Menor y eran contemporáneos del rey Midas de Frigia, donde en los templos se conservaba la vieja tradición hitita-hurrita.» Quería, pues, decir el agudísimo dominico y buen erudito que una larga tradición de sabiduría, mítica y poética en parte, Homero, Hesiodo, pero también crítica, sobria y veraz, historiográfica, alejada del mito y trascendiendo ampliamente el acta —Mursil II y sus anales—, estaba, por el trámite frigio, licio, lidio, cario (¿será puramente casual que también de Licia venga una de las más claras fuentes del mismo pensamiento racionalizador, secularizador, evolucionista-progresista que vemos también en Lucrecio?), actuando por debajo del pensamiento historiográfico, crítico, de Hecateo, y en general, de los primeros jonios. Aquello que, refiriéndose precisamente a Hecateo, dice Ortega que fué «el canto de gallo del racionalismo».

Cada vez nos damos más cuenta —en tantas cosas; por ejemplo, el magnífico libro de Paget sobre Homero; piénsese en la cerámica— cómo este sumergido mundo microasiático, «asiánico» más o menos —en los hititas, más bien más— indoeuropeizado o semitizado ha sido uno de los subsuelos necesarios de lo griego, indirectamente también de lo romano. (Antes hice notar que de los etruscos no se sabía nada; el día que se sepa algo no es improbable pensar que también, dado lo más probable sobre el origen de, al menos, gran parte de los componentes de lo etrusco, desembocaríamos en esa misma área y capa cultural. No directamente —claro— en los propios hititas, pero sí en esa capa intermedia microasiática.)

Sí por «casta» no entendemos la raza en estricto sentido físico, sino una larga indirecta, acaso inconsciente tradición de cultura por «venir», la transmisión —por complicada, oscura, oblicua que la pensemos— de ciertas inclinaciones y destrezas, y por «ateo» no descreído religioso absoluto, sino hombre crítico, que quiere explicarse el mundo racionalmente, que quiere hacer «historia verdadera», se entenderá fácilmente el acertijo:

De casta le viene a Hecateo el ser ateo.

Detrás del canto de gallo racionalista de Hecateo (y aun de Hesiodo. ¿No fué el primero en decir que a veces las musas mienten?) hay tanteos, largos y oscuros; hay esfuerzos olvidados, sumergidos, recobrados, quién sabe cuántas veces, que nos enlazan con la vieja tradición hitita. Y nos ponen en el mismo ambiente, incluso geográfico; en el mismo horizonte de problemas naturales históricos religiosos, vitales, en el que y del que nace la filosofía. Ya veremos luego el hecho de que también en China, Historia y Filosofía nacen de un mismo horizonte; sólo que allí, además, incluso de una sola y poderosa cabeza: Confucio.

## EL OTRO PRIMER ANTEPASADO: LOS HEBREOS

La historiografía hebrea —decía con razón A. Lods, uno de sus mejores estudiosos, empieza con una obra maestra (II, Sam. 10-20. I. Reg. 1-2). Si bien la atribución a Abiatar, que en tiempos tentó a muy buenos escriturarios, parece aventurada, podemos simbolizar en el nombre de este importante personaje, y, sin duda, más o menos en su época, esta joya historiográfica. Y ¿de dónde, a su vez, puede venirle este «hacer historia verdadera»? ¿Este «sin mitos ni leyendas»? ¿Este «no ocultar los fracasos ni atribuir al rey las hazañas de los súbditos»?

El anónimo historiador —digamos, simbólicamente, Abiatar— vive en la Corte de David. David tiene a sus órdenes soldados hititas. Sí, la gran potencia de Hatti llevaba dos siglos o cosa así sumergida, pero sus pequeños principados herederos vivían, habían continuado usando hasta muy tarde la lengua, alquilaban, como los cantones suizos o los principados alemanes del final del XV al XIX inicial, mercenarios a los demás. Abiatar vive mucho más cerca en el tiempo que Homero y Hesiodo (quizá doscientos o trescientos años más cerca), mucho más que Hecateo (unos quinientos años más cerca), y si los lícios, lidios, carios, frigios, etc., habían podido ser el trámite —para nosotros oscuro, pero tan plausible como pura hipótesis— entre Mursil y Hecateo (cosa de ocho siglos) o entre el conjunto hitita-hurrita en todo su esplendor y Homero-Hesiodo (cosa de cinco siglos, ¿por qué no habían los siro-hititas, vivos y militando, ¡ay!, aun muertos a traición, como el pobre Urías, de servir de trámite entre la historiografía a lo Mursil y Abiatar? Con permiso del padre Celada, añadiremos otro verso):

De casta le viene a Hecateo el ser ateo,  
y a Abiatar el historiar.

Y más o menos, a los de la misma «casta». Prole de Mursil.

## V

¿Y en las otras altas culturas?

Es claro que en aquellas —Egipto, Mesopotamia— que, evidentemente, aun siendo ricas, sea en «mito, saga, ficción, folklore», sea en «actas», sea en formas intermedias, sea en las dos cosas, etc., no han alcanzado el nivel de la pura Historiografía, esto no es problema. Ni siquiera en aquellas —Per-

sia, India— que acaso lo han alcanzado, pero de modo tan tenue, esporádico, discontinuo y evidentemente reflejo (primero, reflejo griego; luego, islámico; por último —para la India moderna esto es evidente, y Persia forma hoy parte del Islam—, occidental). Pero ahora se nos presentan, a su vez, dos series de problemas: uno, común a todas las altas culturas que ahora vamos a enumerar; otro, naturalmente, privativo de aquella o aquellas en que podamos dar una respuesta positiva al primero. A saber:

1.º ¿Hasta qué punto las restantes altas culturas suficientemente conocidas —esto es, China, y a su zaga, toda el área extremo-oriental, en cuanto tales, excluyendo su posterior «occidentalización» (sea ésta en términos euro-americanos o soviéticos), Islam (con las mismas reservas) y Amerindia— han tenido verdadera y propia Historiografía?

2.º Caso de tenerla, todas o aquella o aquellas que la tengan, ¿de dónde les viene?

A lo primero hay que responder claramente que Islam y China la tienen, y excelente. Islam, casi desde su nacimiento mismo. China desde tiempos de Confucio y por obra de este mismo gran fundador filosófico. Sobre estos dos casos habrá que volver luego con mayores precisiones. Y entonces será el momento de tratar de aclarar el segundo grupo de problemas. Más difícil es responder en cuanto a Amerindia.

Insistiendo en que tratamos de Historiografía y no de otros géneros de recuerdo, porque ¿quién puede negar a los mayas, quichés, etc., con su Popol Vuj y Chilam Balam; a los nahuas y otros «mejicanos», con sus copiosas actas y crónicas, objeto incluso, bajo Tlacaélel de una «revisión» cuasi-orwelliana para ajustarlos a la propaganda «patriótica» azteca; a los quéchuas, con sus quipos y harauis; a todos con sus monumentos, la existencia de un inmenso corpus de recuerdos? Y ello en todas las formas: saga, mito, ficción y folklore (orales, o, en cuanto a mesoamericanos, escritos); monumentos o reiteraciones rituales de todo ello —esto en todos—, «actas» y técnicas memorísticas (por ejemplo, quipos) de las más variadas especies, etc. Pero —por de pronto, esto es evidente— en un nivel pre o subhistoriográfico, como lo del Próximo Oriente antes y fuera de lo hitita. Pero ¿habría en algún lugar «Historiografía»?

Aquí estamos prisioneros de una ridícula deficiencia de nuestro vocabulario. Porque si los mayas o aztecas —que tenían escrituras— tenían actas —como las tenían—, o ponían por escrito, al menos en parte, sus «mitos, sagas, ficción y folklore», pero no alcanzaban, y los mayas es casi seguro que no alcanzaron, y los mejicanos es muy dudoso que lo alcanzasen (las operaciones de Tlacaélel están más en la línea de la «propaganda política» que otra cosa), tendrían «grafía», pero a mínimo rigor que demos a las pa-

labras, no sería «historia». Si, por el contrario, como parece probarlo una reflexión ya muy larga y constante sobre el tema (sin exagerar, desde la aparición de Pachakuti IX de Imbelloni, son ya catorce años), una lectura atenta de Martín de Morúa, Garcilaso, etc., y —sobre todo— de los tradicionalistas indígenas tipo Guamán Pomán de Ayala, Pachacuti Yamqui, las alusiones de cronistas a la «General Compilación» de la época de los penúltimos Incas, etc., los Incas llegaron a tener una serie de relatos de tipo bastante desmitificado (salvo en cuanto a los «Orígenes» y a la excesiva duración de vida y reinados; pero esto no parece evitable en aquel nivel), coherentes, con voluntad de explicación racional, etc., podemos, creo, hablar con bastante aproximación de Historia, pero no de «grafía». Decir «Historiología» —como pueden ver en las palabras del señor Soveral— nos produciría un equívoco aún mayor. ¿No podríamos decir «Historio-agrafía»?

En resumen, mayas apenas pasaron de «mito, saga, ficción y folklore», si bien muy bellos y a menudo estupendamente registrados por escrito (aparte de monumentos y ritos); aztecas tuvieron esto y mucha «acta» (recuérdese que a Bernal Díaz del Castillo le asombraba la mucha burocracia que allí encontró). Pero no parecen —decimos sólo «parecen»— haber alcanzado una propia Historiografía. En cambio, su cultura, antes de tiempo y casi en flor cortada por la espada del Conquistador, estaba a punto de ver nacer una filosofía. Creemos —Garibay, León-Portilla, y sobre todo Laurette Sejourmé y Soustelle nos lo parecen demostrar plenamente— que aquello iba camino de ser el cuarto hogar, relativamente independiente, del nacimiento de algo que se pueda llamar filosofía. En esto —más vocación filosófica que historiográfica— se parecería más a lo indio que a lo griego (donde nacen ambas cosas de un mismo impulso y en un mismo horizonte, pero separadas y en mente distintas) y que a lo chino (donde nacen juntas y de la misma mente).

No hay, pues —parece—, propiamente Historiografía precolombina; hay, sí, una incipiente Historio-agrafía incaica.

El conjunto de problemas —«materia prima» mito-folklórica o «notarial», incitaciones internas o externas que la hicieron nacer— es, en cuanto a esta Historio-agrafía, tan oscuro (implica el doble orbe de cuestiones de la tradición preinca y de las relaciones del área del Tahuantinsuyu con el exterior), que será mejor dejarlo; pero quede ahí la incitación a responder.

Y pasemos a otro: Islam, China.

## VI

En cuanto al nacimiento de la Historiografía islámica, hay, sin duda, que distinguir, como en todo, dos órdenes de problemas: la procedencia de las «materias primas», por una parte, y por otra, los impulsos, métodos, etc., que hacen posible y finalmente efectiva la elevación a un nivel propiamente historiográfico.

En cuanto a lo primero, es, sin duda, un tema interesante, y se halla relacionado, de modo muy curioso, con lo segundo. Esta Historiografía —en la medida en que empieza a ser tal; luego, evolucionará ampliamente, y hasta llegará desde la Historiografía a una altura de magnífica Historiología, en Aben Jaldún— nace, sobre todo, de intereses religiosos; por tanto, no tiene nada de raro ni que parta de géneros literarios en sí (Hagiografía, sea ella cristiana —nestoriana, arriana, ortodoxa—, judía —canónica o no—, maniquea o mazdoísta, o la Biblia en su conjunto), religiosos, o, como ciertas formas de «ficción y folklore», cuentos, fábulas, apólogos, sean ellos árabes, judíos, sirios, persas, etc., muy vinculados —según una milenaria tradición ya visible en muchos relatos antiguotestamentarios y aun anteriores— con formas de piedad popular, etc., ni que, luego sea, que sepamos, en esta alta cultura donde primero se produzca un verdadero y propio tratado de Historia y casi de fenomenología religiosa por obra de nuestro Aben Hazan.

Sería, sin embargo, imposible dejar de ver en el impulso intelectual que arrancando de esos materiales del interés religioso —éste, de por sí, no basta para engendrar una historiografía, ejemplo máximo: la India— lleva a crear una verdadera ciencia histórica, impulsos exteriores y anteriores. Estos son claramente —como para todo lo islámico —lo griego (¿acaso no nos retransmieron e incluso nos redescubrieron ellos lo griego en tantos aspectos?) y lo de las otras altas culturas en torno. Pero de éstas, sólo lo «romano» (bizantino o cristiano-germánico occidental, por ejemplo, mozárabe) y lo hebreo (la biblia) tenía historiografía, no la tenían, claro, ni lo persa ni lo indio. Y con China se entró en contacto muy tarde y, en realidad, para estos efectos, muy poco. Y como lo «romano» (oriental u occidental) venía a su vez de lo griego y entonces, ya también, veía el cristianismo de la Biblia, resulta que el impulso fué el mismo —Grecia, Israel— que había hecho nacer nuestra historiografía —que iba a hacerla nacer mucho más tarde— y si después de lo que hemos dicho antes resulta que hay hititas en el asunto, habrá que aumen-

tar en uno la serie de dísticos, la serie iniciada (él no es responsable de estas prolongaciones) por el padre Celada.

De casta le viene a Hecateo ser ateo.  
De casta le viene a Abiatar el historiar.

Añadamos —pensando en Roma y el Islam, en nuestra Edad Media y, en último término, en nosotros mismos—:

Detrás de la Historia escrita  
siempre está el hitita.

¿Siempre? ¿Y qué me dice usted de la China?  
Añadamos otro versejo (si se quiere, otro pareado):

Pero sólo en Occidente  
los chinos son otra gente.

Es claro que Islam, Grecia, Roma, Bizancio y nuestra Edad Media y nosotros mismos —seamos euroamericanos o soviéticos— formamos para estos efectos un bloque con continuidad y contigüidad bastante.

En efecto, los chinos son otra gente.

De una materia prima muy rica en «notariado», en «acta» y bastante en folklore (poco en mito, en cambio) el mismo impulso interno —y por los mismos años y sin la menor dependencia— que llevaba a griegos e indios a descubrir la filosofía, llevó a los mejores chinos (como a los griegos y a diferencia de los indios) a inventar la historiografía. Pero aquí hay dos diferencias grandes frente a Grecia. En primer lugar la relación con la «materia prima» y después la relación con la naciente filosofía.

En efecto, para los primeros griegos la materia prima-mito, saga, ficción, folklore, muy poca acta, sobre todo criticada, destruída, Hecateo empieza por declarar mentirosos a todos los mitógrafos y genealogistas anteriores (lo que no le impide, curiosamente, recaer en sus peores fantasías, pero ahí ya interviene su vanidad personal). Y por otra parte, la filosofía, si bien en el mismo ambiente —social e incluso geográfico— y de análogos impulsos racionalizadores, nace de otras mentes, y durante mucho tiempo ambas actividades permanecen casi incomunicadas.

En ambos aspectos China es completamente distinta. En primer lugar, su «materia prima» —en un mundo mucho más secularizado, racionalizado y «desacralizado» que el griego, en un mundo también con una poesía muy distinta, un mundo sin Homero— es más pura «ficción y folklore» y menos mito y saga, y sobre todo, en un mundo burocrático y siendo fundadas His-

toriografía y Filosofía por una cabeza genial de burócrata, Confucio, mucho más de «acta». En segundo lugar, la actitud frente a esta materia prima es menos «destruirla» que ordenarla, darla un sentido, estilizarla, «ejemplarizarla». En este sentido, la actitud —si bien por motivos muy distintos— se parece algo a la tendencia a centralizar un eje monoteísta-moral, providencialista y a reducir las inverosimilitudes que vemos en la más antigua Historiografía hebrea. Lo que en el caso chino es producto de secularización racionalista y burocrática y de «filosofía emergente» sin, al parecer, incitación exterior alguna. Es, al menos así me parece, en los hebreos producto de una fuerte religiosidad, alejada de toda tendencia filosófica y de influencia del precedente —oscuro para nosotros, pero tan verosímil— hitita.

En segundo lugar, aparte de la actitud «reductora-moralizadora», en hebreos, irónico-crítica en griegos, constructiva, racionalizadora, ejemplificadora en chinos, respecto a la materia prima, hay (dejando fuera, con dolor, pero no me es posible ocuparme de ellas, las diferencias estilísticas), si comparamos el caso chino y el griego, otra diferencia, a la que hemos aludido varias veces, pero que es tan importante que nunca se insistirá bastante en ella. Filosofía e Historiografía son aquí —en China— parte de un mismo esfuerzo, de un mismo hombre: Confucio. La Historia no nacerá sólo de análogas incitaciones y en medio análogo, como ocurría, por entonces mismo, en Grecia, que la filosofía, sino que nacerá como parte de un mismo proyecto, y en cierto modo, a su servicio. La filosofía griega y su historiografía tuvieron relaciones oscuras, a menudo distantes. En China la Historiografía fué —y en rigor lo es hoy mismo, si donde antes Confucio ponemos hoy Marx—, consciente y voluntaria, a sabiendas y a queriendas, *ancilla Philosophiae*.

Y además, por muchas vueltas que le demos, no se ve manera de emparentarlo con lo hitita.

Por todo eso decíamos:

Los chinos son otra gente.

## VII

¿Podemos, después de estos largos y no siempre amenos recorridos, tratar de dar una mínima respuesta a las preguntas iniciales?

¿De dónde se arranca para construir una Historiografía? En un primer momento «absoluto» (hititas, chinos, acaso los primeros historio-ágrafos del Incario) de toda la masa de recuerdos que hemos descrito antes: mito, saga,

ficción, folklore (y sus representaciones plásticas, reiteraciones litúrgicas, etcétera), todo el «polo mítico», y de las «actas» (listas genealógicas, calendarios, quipos) en todas sus formas.

En los cuasi primeros momentos griego y hebreo, la leve —indirecta, oscura— incitación de una Historiografía (aquí hitita) anterior, más la propia materia prima.

En formas posteriores —Roma, Edad Media, Islam, etcétera— de la Historiografía anterior (Grecia, Biblia) bien conocida y de la materia prima.

¿Quiénes han hecho esto? Hititas, hebreos, griegos y sus herederos (Roma, Bizancio, cristiandad medieval y occidental moderna, Islam). Por otra parte, chinos y sus discípulos (japoneses, coreanos, vietnamitas, etc.), acaso de modo «ágrafo», pero con intención, sentido y eficacia comparable a lo hitita, peruanos de la última centuria incaica. Luego, los módulos islámicos actúan (como antes —tenuemente— los griegos) sobre Persia e India, que de suyo no alcanzan a crear tal cosa. Por último, los módulos y modelos occidentales invaden todo.

¿Cómo lo ha hecho cada uno? «Desmitificando» y simplificando, hititas. Monoteizando, y en cierto modo simplificando y al tiempo llenando de intensa y directa palpitación vital, hebreos. Criticando, ironizando, racionalizando y razonando, griegos, y más o menos, todos los que de ellos venimos, si bien en cristianos y musulmanes la línea teísta-providencialista hebrea actúa con gran intensidad. Moralizando y racionalizando —*ancilla Philosophiae*—, los chinos y sus secuaces. No sabemos bien cómo —más bien parece que articulando en rígidos esquemas numéricos— los historio-ágrafos incas.

¿Por qué tales pueblos sí y no otros?

A esto, con las palabras de Francisco Sánchez:

«Que nada se sabe.»

CARLOS ALONSO DEL REAL Y RAMOS